



Boletín de información sexológica ...

www.aeps.es

ASOCIACIÓN ESTATAL DE PROFESIONALES DE LA SEXOLOGÍA

Sexo y fantasías.

La investigación más completa y reveladora sobre nuestro mundo sexual interior... otra vez

Ana García Mañas · Socia directora de la librería de sexología Primera vocal · ana.garcia@primeravocal.com

El psicoanalista Brett Kahr ha aparecido en nuestras librerías con un ambicioso proyecto sobre fantasías (*Sexo y fantasías. La investigación más completa y reveladora sobre nuestro mundo sexual interior*. Martínez Roca, 2010). Su intención era realizar una investigación basada en tres referentes: las muestras de Kinsey, las ideas de Freud y la capacidad divulgativa de Nancy Friday. Sobre la mesa tenemos un libro de 600 páginas que hay que leer con los ojos bien abiertos.

Cuando recibí las primeras noticias sobre la investigación de Kahr pensé: ¡Por fin un libro serio sobre fantasía erótica! Las estanterías de las librerías se llenan con manuales de autoayuda o crecimiento erótico que abordan la fantasía erótica pero la realidad es que pocos de los estudios «serios» que se realizan llegan a convertirse en libros, así que la primera reacción fue de alegría y esperanza, aunque conforme avanzaba en la lectura empecé a plantearme algunos interrogantes.

La mayor parte del libro transcurre por capítulos temáticos dejando de lado cuestiones relevantes y posibles hipótesis que no han sido planteadas. Si tenemos fantasías o no, qué temas tratan, si las hablamos o no con nuestras parejas son cuestiones ampliamente investigadas y prácticamente carentes de interés para la comunidad científica. Mientras, el autor deja pasar preguntas más importantes y agrupa todo pensamiento excitante bajo el nombre de «fantasía», y leer una investigación hablando de si se piensa más en cantantes o deportistas durante la masturbación resulta decepcionante. Con la publicidad que se ha hecho del libro, albergaba la esperanza de que una persona que ha conseguido la participación de 19.000 personas presentara algún dato interesante o novedoso.

La mayor parte de los capítulos mantienen la estructura de las publicaciones de Friday, en la que las fantasías se agrupan por temas y van acompañadas de una introducción. Mientras que uno de los mayores

usos que los sexólogos hemos dado al libro de Friday ha sido recomendarlo a las mujeres que realizaban consultas sobre deseo o excitación, las fantasías expuestas por Kahr son escuetas y el libro no parece poder leerse con propósitos lúdicos o excitativos debido a su brevedad y a la carencia de riqueza de muchos de los relatos: «Haría lo que fuese con tal de darle por culo a Michael Owen», «Participa un montón de gente», «El sexo en la bañera» o «Con el ex-presidente Clinton» son algunas de las respuestas que Kahr consigue en sus entrevistas y cuestionarios y que incluye en su libro.

La investigación

Una de las mejores cosas que tiene el libro de Kahr es la descripción metodológica de la selección de la muestra y la realización de las entrevistas. Al contarlo con gran nivel de detalle, resulta muy recomendable para quien no haya tenido contacto con el mundo de la investigación. Además, el ritmo de su escritura

hace que la lectura resulte amena y entretenida, algo que no suele suceder cuando se describe metodología.

Pero también aquí tenemos que andar con cuidado: a pesar de ser presentado como una investigación, ni los datos ni las conclusiones aparece en el libro. Sí que encontramos una descripción de la muestra comentada e interpretada por un terapeuta psicoanalista, con algunas tablas de frecuencias como único análisis estadístico. La investigación se ha vendido y presentado como «la muestra más amplia jamás reunida» pero es importante tener en cuenta que la calidad de una investigación no depende únicamente de que la muestra sea grande.

¿Dónde están los sexólogos?

Este libro es uno más en los que queda constancia del vacío teórico al que se ha relegado a sexólogos de la talla de Havelock Ellis, que no aparece citado en la revisión histórica en el capítulo del libro que hace referencia a los «expertos» y a los que les dedica apenas 18 de 600 páginas de un libro que salta de Krafft-Ebing a Freud y de ahí a Kinsey, olvidando también a figuras tan relevantes como Masters y Johnson. Empieza a ser preocupante el desconocimiento histórico de estos científicos cuyas aportaciones fueron básicas para la construcción y el desarrollo de la sexología como ciencia y cuyos estudios sobre la fantasía erótica enriquecerían cualquier investigación actual.

A lo largo del libro se suceden confusiones como asimilar las preferencias pornográficas o los sueños eróticos con el mundo de la fantasía, con lo que vemos que una vez más se ha metido todo en el mismo saco, sin diferenciar minimamente lo que

es un recuerdo, un sueño o una erección de una fantasía. El autor también intercambia sutilmente los términos fantasía y psicología, de forma que existen la infidelidad y el incesto «psicológicos».

¡Otra vez con el paso al acto!

El capítulo «¿Pueden arrestarme por mis fantasías? Violencia sexual extrema» comienza con una cita de Racine «Algunos crímenes siempre preceden a los grandes crímenes» con lo que deja bastante clara su postura sobre el paso al acto y por tanto la convicción de que cualquier realidad fantaseada tiene la posibilidad de materializarse en la conducta.

Desde esta posición de confusión terminológica y conceptual, cualquier pensamiento, idea, imagen mental, recuerdo o plan resulta sinónimo de fantasía, y se hace por tanto imposible diferenciar aquellas que se desean poner en práctica únicamente en la realidad fantaseada de aquellas que quieren llevarse a cabo en la realidad conductual. Sólo separando estas dos realidades (fantasía y conducta) y atribuyendo a las dos entidad propia podremos diferenciar y estudiar aquellos conceptos que nos interesen, sean recuerdos, fantasías, pensamientos excitantes o planes deseados. Todos se encuentran dentro de la erótica y por tanto en el ámbito del deseo, pero no todo se desea de la misma manera ni en el mismo plano de realidad.

La actitud comprensiva brilla por su ausencia cuando habla de los hombres que se excitan con pornografía violenta «Me planteo si hay que tolerarlos o tratarlos» —se pregunta el autor— Yo me preguntaría si esas son realmente las únicas opciones posibles, pero Kahr va

más allá, proponiendo de nuevo la vinculación entre los agentes de la ley y los psiquiatras para prevenir la violencia desde que empieza a manifestarse en el «trampolín» de la fantasía. Lo ilustra con el caso de Dennis Nilsen, un asesino en serie que fantaseaba con cadáveres.

Otro tema que trata recurrentemente de una manera plagada de lugares comunes es el abuso infantil. Dicen que lo malo de los clínicos es que solo ven problemas, y Brett Kahr así nos lo confirma «No recuerdo una sola jornada laboral de los últimos años en la que no oyera hablar de abusos sexuales infantiles, infidelidad y muerte». ¿Es la relación entre personas que han sufrido abusos y las fantasías lo que está buscando el autor? Parece que no, pero el tema vuelve a aparecer página tras página, y Kahr se manifiesta sin tapujos como alguien que considera abuso al hecho de que, por dejar una puerta entreabierta, una niña haya podido ver a su padre masturbándose con una película porno.

Un interesante apartado es aquel que indaga sobre la «función de las fantasías». Kahr les pregunta a sus sujetos y ofrece luego una amplia lista de posibilidades entre las que se encuentran, por supuesto, las clásicas teoría freudianas sobre la necesidad de expresar nuestra frustración y la idea del trauma imborrable que encuentra en la fantasía su vehículo de expresión, pasando por la idea de que las fantasías nos ayudan a evacuar un «odio asesino» que como si de una olla a presión se tratara, acabaría explotándonos en la cara en forma de «estallido criminal».

Afortunadamente también deja una puerta abierta a hipótesis más positivas al plantear que puede concebirse la fantasía como una extensión de la capacidad creativa humana,

similar al arte. Esa es la única idea de todo el libro que consigue que pensemos en Eros.

No obstante, la pregunta de ¿por qué fantaseamos? queda con muchas respuestas y a la vez con ninguna, y hace que yo me pregunte si es posible encontrar una respuesta sexológica a esta pregunta sin entrar en otra mayor sobre la erótica. ¿Por qué fantaseamos? ¿por qué sentimos deseo? ¿por qué sentimos atracción? o dicho de otra manera ¿por qué amamos? Lejos de concebirnos como individuos traumatizados en busca del alivio de nuestra presión, la sexología sustantiva puede ofrecer otro tipo de respuesta.

Qué preguntas y qué respuestas

Aparte de la validez metodológica de una investigación, es importante poder plantear preguntas pertinentes, interesantes y novedosas, y poder responderlas con claridad. Lo cierto es que de las 22 preguntas que Kahr se plantea sobre las fantasías de los británicos no deja claras muchas respuestas.

Formuladas como: *¿debemos preocuparnos si no fantaseamos? ¿debemos compartir nuestras fantasías con nuestras parejas o amigos? ¿es sensato realizar nuestras fantasías sexuales con nuestras parejas? Si fantaseamos con nuestras parejas durante el sexo o la masturbación, ¿significa que tenemos una buena relación? ¿existe alguna diferencia entre las fantasías que tenemos con el sexo con alguien y aquellas a las que nos entregamos durante la masturbación en solitario?*

Con todas las confusiones terminológicas que arrastramos, las preguntas carecen de rigor y las respuestas aportadas por Kahr no resultan determinantes. «Puede que sí, pero puede que no» es el resultado de todos los interrogantes que el libro plantea y en los desarrollos más extensos de las fantasías comentadas, el autor nos propone su propio punto de vista, que se manifiesta de forma más clara a medida que la lectura avanza: fantaseamos para revivir nuestros traumas, afirma Brett Kahr basándose no en la investigación sino en las entrevistas clínicas de su experiencia profesional: el 90% de las personas fantasean con contenidos relacionados con trau-

mas pasados, y el otro 10% no lo verbaliza probablemente porque sus traumas se encuentran todavía en el inconsciente. No he investigado el concepto de «trauma» que propone el autor y me inclino a pensar más en la línea de que en la fantasía, como en toda la erótica individual, se expresa (cómo no) nuestra biografía. No dejamos de ser nosotros mismos cuando fantaseamos, tengamos o no esos traumas que parecen plagar y perturbar la vida de la población británica.

Volver a Masters y Johnson

Normalizar la existencia de fantasía erótica en la población ya no es un objetivo como el que pudo mover en los 70 a Nancy Friday a publicar su Jardín Secreto. A estas alturas tenemos que proponernos objetivos más ambiciosos, o correremos el riesgo de pasarnos la vida investigando para volver a descubrir cada 10 o 15 años que efectivamente la gente fantasea. W. Masters ya lo dijo hace tiempo: «Hay dos tipos de personas: los que fantasean y lo reconocen; y los que fantasean y no lo reconocen.»

Trastorno de deseo monetario hiperactivo (TDMH)

Juan Lejárraga · Sexólogo · juanlejarragavera@yahoo.es

Un grupo de investigadores de la Universidad de Pastizara está estudiando finalmente una de las causas menos mencionadas y quizá más relevantes del desastre financiero que nos asola: se trata del trastorno de deseo monetario hiperactivo (TDMH), cuya inclusión se ha propuesto para el nuevo DSM 5. Según un artículo reciente¹, la prevalencia de este

trastorno entre las élites financieras y bancarias ronda el 43%. El rasgo central del TDMH es el deseo de enriquecimiento más allá de lo necesario para obtener el bienestar, utilizando para ello cualquier recurso, incluidas las reformas legales torticeras. El trastorno, claramente infradiagnosticado, había pasado desapercibido hasta la fecha ya que cursa con tranquilidad de concien-

cia y goza del beneplácito social. Numerosos experimentos realizados con un escáner de neuroimagen han demostrado que en el cerebro de los banqueros y los corredores de bolsa el mecanismo de saciación y el sentimiento de vergüenza están obturados. Afortunadamente, cuando se les sometió a un tratamiento restrictivo (vivir con 900 euros al mes durante 6 meses), el

100% sobrevivió y reportó un gran porcentaje de eventos no monetarios satisfactorios (ENMS): hablar con su pareja, quedar con los amigos, leer una novela, salir al campo, observar el atardecer.

Boehringer Ingelheim (BI), la compañía farmacéutica alemana que llevaba años intentando comercializar un fármaco contra el trastorno de deseo sexual hipoactivo (TDSH), negó haber formado parte del tratamiento contra el TDMH cuando anunció que no iba a proseguir sus investigaciones sobre el efecto de Flibanserina en mujeres con bajo deseo² tras el rechazo por 10 votos contra 1 de la aprobación de dicho fármaco por la agencia norteamericana que evalúa las propiedades de los medicamentos (FDA)³. Flibanserina había sido publicitado intensivamente como el remedio que iba a devolver el deseo a las mujeres que experimentaban un malestar por su carencia.

Leonore Tiefer, sexóloga y promotora de una campaña contra la medicalización de la sexualidad femenina⁴, atribuyó el rechazo de Flibanserina por la FDA a numerosas razones⁵, que citamos de corrido: 1) El TDSH no es una enfermedad, sino un diagnóstico ambiguo y ampliamente discutido; 2) El deseo erótico tiene múltiples fuentes y está formado por factores psicosociales e interpersonales; las variaciones son la norma; 3) Los instrumentos de evaluación que empleó BI para realizar sus afirmaciones sobre el deseo erótico y el malestar fueron desarrollados por investigadores financiados por la propia BI, lo que supone un conflicto de interés; 4) Los ensayos

clínicos carecían de transparencia al haberse presentado solamente en conferencias y resúmenes de prensa, impidiendo un análisis detallado de la metodología, los efectos secundarios, las bajas, etc.; 5) Los resultados son marginales y poco persuasivos: en 2 de los 3 ensayos clínicos se dio un aumento de 0,7 «encuentros sexualmente satisfactorios» (ESS) al mes, respecto del grupo placebo, que también mejoró; 6) Se encontraron riesgos psicológicos y fisiológicos por la toma de Flibanserina (entre otros, mareo, náusea, fatiga, somnolencia); 7) Inadecuada selección y preparación de los participantes (se desconoce si los sujetos se habían quejado acerca de su deseo de manera crónica o temporal; tampoco se sabe si se evaluó de antemano su conocimiento de la sexualidad y de las relaciones); 8) Se desconoce el mecanismo de acción de Flibanserina, lo que dificulta la predicción de efectos secundarios, especialmente a largo plazo; 9) El énfasis en el malestar está movido por los intereses de la industria farmacéutica y no por el de las mujeres; 10) El malestar guarda más relación con el contexto social que con la bioquímica; 11) Flibanserina crea malestar al dar a entender que si una mujer no desea tener un encuentro erótico es porque tiene un trastorno.

Tras el dictamen negativo de la FDA sobre Flibanserina, preguntamos por el posible trastorno de deseo monetario hiperactivo de los directivos de BI a una señora (que desea permanecer en el anonimato): «Trastor... ¿qué? Esos son unos avariciosos. Lo que pasa es que les han pillado con el carrito del helado y ahora se van con la música a otra parte».



REFERENCIAS

1. Forrado, M. E. . El trastorno de deseo monetario hiperactivo. Diagnóstico, evaluación y tratamiento. Revista de invención de enfermedades, Vol. 25, octubre 2010.
2. <http://www.boehringer-ingelheim.com>
3. <http://www.medscape.com/viewarticle/723896>
4. <http://www.plosmedicine.org/article/info:doi/10.1371/journal.pmed.0030178>
5. <http://www.newviewcampaign.org/flibanserin.asp>

